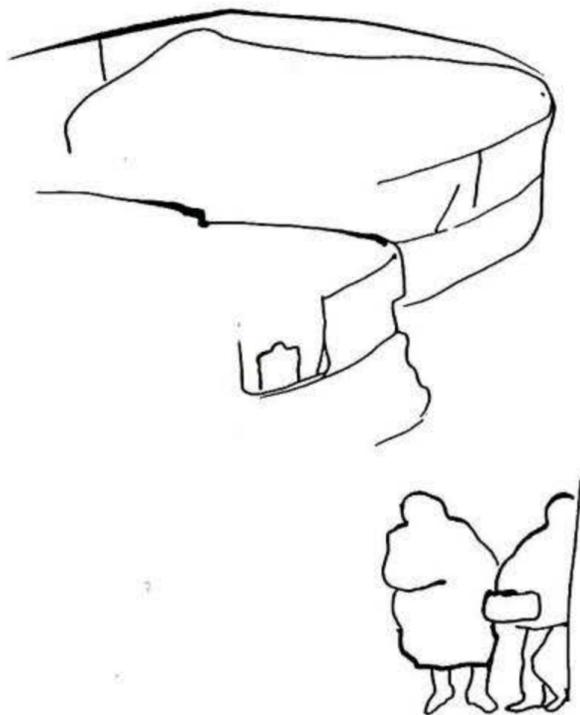


distinta, a veces dolorosa, frente a la belleza. A veces he creído que sólo a los hombres feos les está permitido ver el rostro de Dios" (pág. 53). Recrea mundos individuales interiores intensos, al mismo tiempo que da cuenta de aspectos de nuestro ser de colombianos: "Sé que algunos dicen que deliro. Y lo que es peor, deliro sin ser buen pintor. Si fuera un buen pintor, mi delirio no sería delirio..." (pág. 53). Despliega una actitud de crítica ante problemas esenciales de la realidad nacional: "Esta zona es muy peligrosa. Todavía la guerrilla sigue en los años 60..." (pág. 27). Tales virtudes, entre otras, debido a que son tan escasas en la creciente literatura colombiana, hacen de *Simulacros de amor* una obra notable.

También es un texto lleno de humor. No obstante, en ocasiones cae en notas bajas, de gusto dudoso, fácil: "Y como sabía que yo me había degenerado tanto hasta convertirme en periodista..." (pág. 38). ¡Qué tal! El personaje narrador (periodista) se utiliza a sí mismo para reírse de los demás (los periodistas). Pero el humor más alto es aquel en el cual el autor se ríe de sí mismo a partir de sí mismo. Sin embargo, es una obra literaria de harta belleza.



Para agregar más belleza a la belleza, tiene el libro un diseño sosegado y exquisito y un cuidado editorial que muchos envidiarían, salvo por dos o tres errorcillos (ejemplo: en la portada se lee "Piedra del sol"; en la solapa, "Piedra de sol"). ¡Naderías! Sin demeritar las calidades de nuestra industria editorial,

Simulacros de amor parece un libro procedente de las más refinadas editoriales extranjeras.

Simulacros de amor es uno de esos libros cuyo saludo y bienvenida se hace con felicidad y con confianza de que no todo es basura en la literatura joven de nuestro país. ¡Dios bendiga y multiplique a su autor!

JOSÉ LIBARDO PORRAS VALLEJO

“El infierno: ático, última puerta a la derecha”

Estragos de la lujuria (y sus remedios)

Philip Potdevin

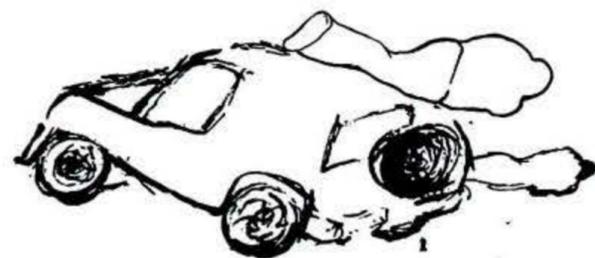
Seix Barral (Colombia), Biblioteca Breve, Santafé de Bogotá, 1996, 127 págs.

“Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas. Muchos de ellos siguieron la carrera de derecho en las universidades, pero pocos ejercieron después la profesión”¹. Parece ser que estas palabras de Pedro Henríquez Ureña pronunciadas en los años 40 y 41 del presente siglo, a propósito de una división del trabajo que comienza a presentarse en las sociedades de la América Hispánica terminando el siglo XIX, aunque en circunstancias sociales muy diferentes, siguen teniendo validez en nuestros días.

Nada más la lectura de la breve información sobre Philip Potdevin, que aparece en su último libro, sorprende un poco. Philip Potdevin es caleño; abogado de profesión —¿ejercerá?—; docente de la Universidad de los Andes; codirector, junto con Isaías Peña Gutiérrez, del Centro de Estudios Alejo Carpentier, de Santafé de Bogotá; colaborador habitual en periódicos y revistas literarias de Colombia; conferenciante invitado en universidades y ferias del libro; y, además de todo esto, o tal vez precisamente por ello, escritor.

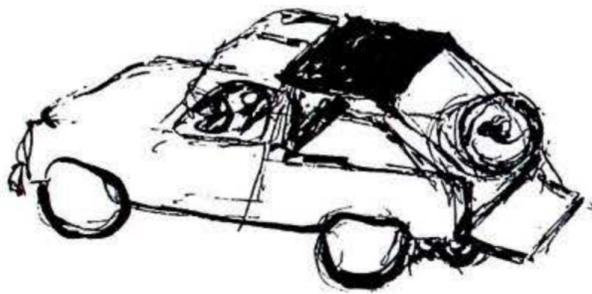
Afortunadamente, la carrera literaria de Potdevin ha estado acompañada de varios premios literarios: en 1992 recibe el Premio Nacional de Cuento Carlos Castro Saavedra; el Premio Germán Vargas al Cuentista Inédito; el Premio del Cuento Erótico Corto Prensa Nueva; en 1995 publica *Metatrón*, novela escrita como resultado de la beca de creación otorgada por Colcultura un año antes. Digo afortunadamente puesto que, como se ha visto en los últimos tiempos, algunos premios literarios que reciben en la actualidad escritores de diversas facturas han aumentado en cantidad y calidad. Además de otorgar un dinero para que el ganador se dedique como un verdadero profesional a su actividad de escritor por lo menos durante uno o dos años, se garantiza la publicación de la obra. Esto conduce a que un premio literario marque no sólo el comienzo de una carrera como escritor sino el camino hacia la legitimación en el complicado medio cultural en donde se encuentra la literatura.

En algunos casos un premio marca el comienzo pero también el final de una carrera literaria. Éste no es el caso de Philip Potdevin, pues continúa publicando libros —y ya no como resultado de un premio—. En lo que va corrido del año, además de dar a conocer un libro de poemas titulado *Mesteres de Circe*, en mayo publicó un conjunto de relatos con el título *Estragos de la lujuria (y sus remedios)*.



En este libro, al igual que en su novela *Metatrón*, el autor hace, a través de una instancia narrativa ficticia, algunas recomendaciones preliminares a sus lectores. Con el título “El infierno: ático, última puerta a la derecha”, se describe un supuesto lugar de la Biblioteca Nacional “donde se albergan todas las obras eróticas, pornográficas, libidinosas, vulgares y soeces”² al cual el lector, por decisión propia y consciente de los riesgos que corre, puede entrar para consultar los textos que lo-

gre leer en cuatro horas, que es el tiempo de lectura permitido por el director. El cuarto es conocido con el nombre de "Infierno". A él sólo puede entrar una vez cada lector, o de lo contrario "nadie saldría de allí"³. En algunas ocasiones, y tal vez por no cumplir a cabalidad con las normas del lugar, los lectores más audaces han desaparecido. Lo que se quiere evitar con estas recomendaciones iniciales es precisamente que el lector sucumba a los "estragos de la lujuria" y que sepa además que en aquel Infierno es probable que encuentre los "remedios" de esa vieja y conocida enfermedad.



De cierta manera, la introducción (proemio) al libro en la que aparecen dichas advertencias es similar, en su función estructural dentro del libro, a la que hiciera Giovanni Boccaccio hacia finales de la Edad Media antes de cederles la voz a las siete damas y tres jóvenes para que iniciaran la narración de esas historias que conforman *El decamerón*.

Giovanni Boccaccio expone en el proemio las razones que lo motivaron a dedicar su libro a las "amables mujeres". Tal vez la más importante de estas razones sea la de que las mujeres, a diferencia de los hombres —que "tienen muchas maneras de distraerse o aliviar sus dolores (de amor); si quieren nada les impide salir de casa, ver y oír muchas cosas, pajarear, pescar, cazar, cabalgar, jugar o mercadear [...]"⁴ —no tienen forma de aminorar, o, por lo menos, de consolar el "fugoso deseo" producto de sus pensamientos, puesto que "[...] sometidas a la voluntad, los gustos y los mandatos de padres, madres, hermanos y maridos, viven la

mayoría del tiempo encerradas en el reducido círculo de sus estancias, sentadas y casi ociosas, queriendo y no queriendo al mismo tiempo, [...]"⁵.

Consciente del sufrimiento que puede causar el amor, y "a fin de enmendar en parte las injusticias de la Fortuna, que fue más avara en ayuda donde menos obligado era —en los hombres—"⁶, Boccaccio presenta un conjunto de historias para que las mujeres "enamoras", a través de su lectura atenta, puedan, por fin, recibir a la vez consuelo y placer.

De la misma manera, los lectores de *Estragos de la lujuria (y sus remedios)*, al entrar a ese cuarto de la Biblioteca Nacional, que en este caso es alegóricamente el mismo libro que tienen entre sus manos, están buscando, como aquellas mujeres víctimas de las "llamas del amor", los "remedios" a los estragos que la lujuria puede producir. Y muy amablemente, antes de entrar en dicho cuarto, una voz ficticia da la bienvenida: "Suerte, querido lector. Espero que encuentre material suficiente para echar a volar su imaginación y tener temas para desarrollar sus ideas impúdicas. Los estragos de la lujuria son insondables. Siga, siga, puede que allá encuentre sus remedios"⁷.

Cabe preguntar, entonces, si los quince relatos que conforman el libro —que son, a su vez, los textos que lee en cuatro horas quien decida entrar al cuarto— funcionan efectivamente como los remedios a la enfermedad producida por los apetitos desbordados. Y cabe preguntar, también, si no es a cada lector a quien corresponde dar una respuesta a partir de una buena lectura de los relatos.

En la "Coronación de los bienaventurados", último episodio del libro, uno de los lectores que ya ha visitado el cuarto y que, desde su experiencia, cuenta lo que allí le ocurrió, da una respuesta parcial a esta cuestión. Comienza diciendo que, a diferencia de otros lectores, el motivo de su visita no fue exclusivamente el de leer, sino que entró al recinto con el propósito de explorar. Debido a esta particular actitud, este lector descubrió una puerta secreta que se encontraba tras los estantes de los libros que consultó. La puerta lo condujo, como él mismo lo dice, "a una

fresca pradera salpicada aquí y allá de umbrosos bosques, enmarcada por unas colinas con laureles y regada por corrientes frescas y cristalinas"⁸. En este nuevo lugar encontró "la flor de la vida, donde adiviné —dice— que no morían ni el día ni los placeres, donde no se agosta la hierba y donde florece todo el año una fragancia ambrosiaca de primavera. [...]"⁹. Y más adelante agrega, entusiasmado, que, al mezclarse en los goces y en el disfrute que le proporcionaban las ninfas que habitaban el lugar, animó "todos los sentimientos que no lograron alborotar las lecturas libidinosas" que había hecho minutos antes.

En otras palabras, para este lector el "Paraíso real" que se le presentaba ahora y que hacía exaltar todos sus sentidos, se oponía a este cuarto llamado "Infierno", en el que todo parecía ser simplemente un producto de la lectura y, por lo tanto, "una entealequia". Pero todo esto fue simplemente un engaño —tal vez preparado por el director del recinto de la Biblioteca—, puesto que, en el momento mismo del goce con una de las ninfas, ésta soltó una "carcajada de éxtasis" mostrando "una boca desdentada".

El "Paraíso" al cual creyó entrar el querido lector, y que era el último eslabón de todo un proceso de "Iluminación" a través del goce que había iniciado en el cuarto de lectura, terminó siendo un castigo por haber violado las normas elementales que le fueron comunicadas desde el comienzo. Ahora no le queda más remedio que esperar a que otro "lector ingenuo" cometa su mismo error.

DAVID LEONARDO ESPITIA ORTIZ

¹ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica (Colombia), 1994, pág. 165.

² Philip Potdevin, *Estragos de la lujuria (y sus remedios)*, Santafé de Bogotá, Seix Barral (Colombia), Biblioteca Breve, 1996, pág. 13.

³ *Op. cit.*, pág. 12.

⁴ Giovanni Boccaccio, *El decamerón*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pág. 13.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Philip Potdevin, *op. cit.*, pág. 14.

⁸ *Op. cit.*, pág. 122.

⁹ *Op. cit.*, pág. 124.